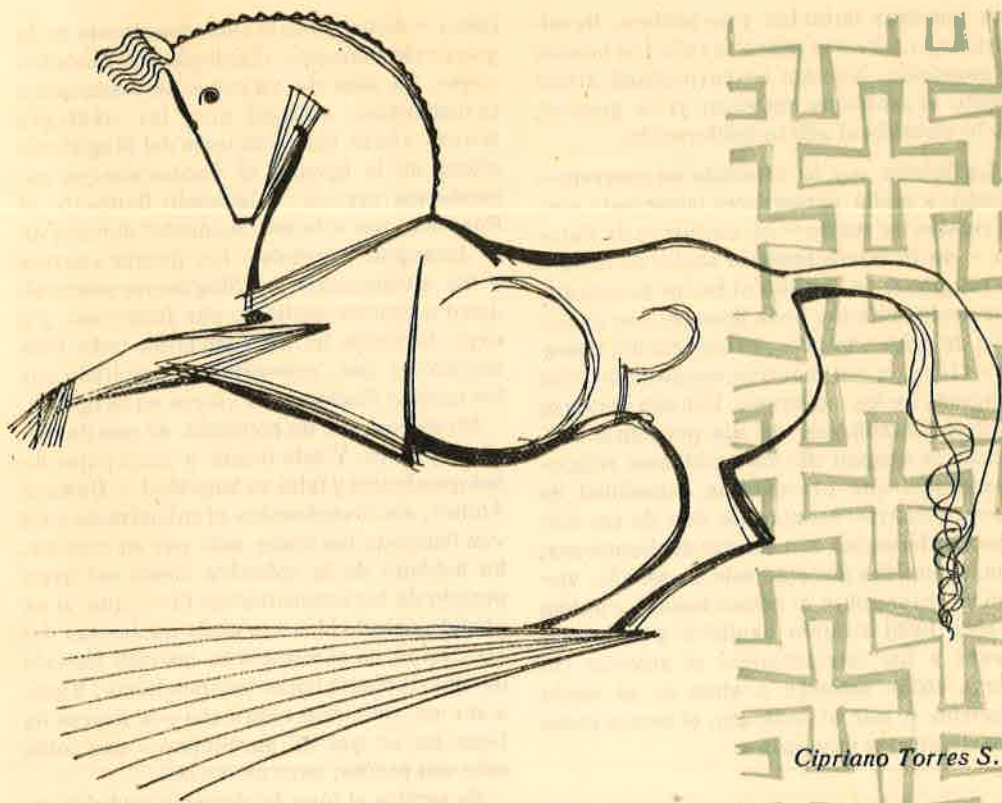


...de los que se han convertido en el tiempo  
en una fuerza que se resquebraja y se  
desmenuza. El mundo está cambiando y  
nuestro mundo está cambiando con él.  
El mundo está cambiando y nuestro mundo  
está cambiando con él. El mundo está  
cambiando y nuestro mundo está cambiando  
con él. El mundo está cambiando y nuestro  
mundo está cambiando con él. El mundo  
está cambiando y nuestro mundo está  
cambiando con él. El mundo está cambiando  
y nuestro mundo está cambiando con él.  
El mundo está cambiando y nuestro mundo  
está cambiando con él. El mundo está  
cambiando y nuestro mundo está cambiando  
con él. El mundo está cambiando y nuestro  
mundo está cambiando con él. El mundo  
está cambiando y nuestro mundo está  
cambiando con él. El mundo está cambiando  
y nuestro mundo está cambiando con él.

...de los que se han convertido en el tiempo  
en una fuerza que se resquebraja y se  
desmenuza. El mundo está cambiando y  
nuestro mundo está cambiando con él.  
El mundo está cambiando y nuestro mundo  
está cambiando con él. El mundo está  
cambiando y nuestro mundo está cambiando  
con él. El mundo está cambiando y nuestro  
mundo está cambiando con él. El mundo  
está cambiando y nuestro mundo está  
cambiando con él. El mundo está cambiando  
y nuestro mundo está cambiando con él.  
El mundo está cambiando y nuestro mundo  
está cambiando con él. El mundo está  
cambiando y nuestro mundo está cambiando  
con él. El mundo está cambiando y nuestro  
mundo está cambiando con él. El mundo  
está cambiando y nuestro mundo está  
cambiando con él. El mundo está cambiando  
y nuestro mundo está cambiando con él.

# A TRAVÉS de la IGLESIA



*Cipriano Torres S. I.*

Cualquiera diría que si hay algún sector humano impenetrable al capricho esclavizante de la moda, sería precisamente el serio y concienzudo sector intelectual. Y, sin embargo, nuestra época, ayudada por su ya tópica sinceridad, piqueta a veces demolidora, no pocas restauradora al librar lo medular de adherencias extrañas, está asistiendo activamente al derrumbamiento de una moda de intelectuales. Cada vez nos parece más inexplicable, a fuerza de ser ridículo, que hombres que profesan la búsqueda de la verdad sin maquillajes se sintieran arrastrados —como una jovencita fascinada por el último figurín— a hacer de su cátedra, que debía ser seria palestra de la ciencia, un

escenario al que no se atrevían a salir sin calzarse el que ellos creían alto coturno del *laicismo*, para aumentar su estatura científica.

Da risa, al par que pena, el recordar que hubo unos señores con barba que se dedicaban a ser actores de teatro sobre el entarimado de una clase y jugaban muy serios a ser laicos. Era la moda. Había mucho de «pose» en tales juegos que nada tenían de inocentes.

#### **Del laicismo a la inquietud teológica**

Ya no es costumbre presumir de laico o incrédulo, aun siéndolo realmente; al menos

## **Los Metropolitanos a los INTELECTUALES**

por nuestras latitudes y en público. Resultaría algo así como salir a la calle con bombín y monóculo. Nuestra intelectualidad actual siente el problema religioso y, en general, no lo disimula ni afecta indiferencia.

La Iglesia —y la española en concreto— tampoco podía permanecer indiferente ante el cambio de rumbo— no exclusivo de España — de la intelectualidad seglar en torno a lo religioso. Se añadía el hecho de una mayor profundización en la llamada, con expresión de origen francés, «Teología del Laicado» (1), y la tan repetida «mayoría de edad religiosa de los seglares». Por eso nuestros Metropolitanos, que en sus periódicas reuniones se ocupan «de los problemas religioso-morales que presenta la actualidad de nuestra Patria», terminaron dos de sus últimas Conferencias con sendas declaraciones, que, separadas por algo más de un año, vienen a recaer sobre el mismo tema. La última (1 abril 1956) dirigida explícita y exclusivamente a los intelectuales; la anterior (19 marzo 1955), también a ellos de un modo implícito y, por el contexto, al menos como a destinatarios principales.

### ¿Una «teología laica»?

Entre ambos documentos hay una diferencia, no sólo temporal, sino también de tono: más positivo el de este año; más polémico y, en cierto sentido, negativo el del pasado. La diversidad de tono —siempre paternal— la daban las circunstancias. Las palabras que el Pontífice pronunció el 31 de mayo de 1954, ante los Cardenales y Obispos congregados en Roma para la canonización de San Pío X, exigían un eco nacional —la Declaración del 55 no es más que eso— al pedir la intervención del ministerio pastoral frente a cierto «contagio espiritual» que venía a pervertir el verdadero concepto y las prerrogativas del Magisterio auténtico de la Iglesia. Reflejan las palabras del Santo Padre, y nos la transmiten fielmente los Metropolitanos, su inquietud ante el avance ya perceptible de una llamada «teología

(1) Este fué el tema central de estudio de la XIII Semana de Teología (Madrid, 14-19 setiembre 1953). Cfr. Est Ecl. 28 (54) 138-144.

laica» —distingámosla cuidadosamente de la que arriba llamamos «Teología del Laicado» —que, en alas de un nebuloso y anárquico carisma, reclama para los «teólogos laicos» cierta independencia del Magisterio oficial de la Iglesia. El documento que comentamos expone —siguiendo fielmente al Pontífice, con sólo una incidental defensa de la Jerarquía española— los límites exactos y las atribuciones del Magisterio pastoral, único auténtico instituido por Jesucristo, y a cuya dirección ha de someterse todo otro magisterio que, consentido o solicitado por los mismos Pastores, se ejerza en la Iglesia.

No es más que un recuerdo de una doctrina muy vieja. Y sale frente a unos pujos de independencia y falta de humildad —Dámaso Alonso, sin circunloquios ni eufemismos y tal vez llamando las cosas más por su nombre, ha hablado de la soberbia como «el gran pecado de los intelectuales» (2)—, que si en el siglo pasado hizo una moda intelectual del «laicismo», en el nuestro ha querido hacerla de una «teología laica» independiente. Viene a ser un «laicismo religioso» —la expresión tiene no sé qué de paradójico— que dobla sólo una rodilla, pero no las dos.

Se explica el tono del documento; había razón, aunque no nos resulte tan agradable. Yo supongo —sin experiencia— que debe de ser más grato someterse a una intervención de cirugía estética que ponerse en las manos, a veces inmisericordes, del cirujano que cercena sin vacilar lo que constituye un peligro para el organismo. Este era el caso. En España quizá se trate más de un preventivo que de un remedio. Sólo que, al escribir el documento, las manos de nuestros Arzobispos, hechas para perdonar, nada tuvieron de inmisericordes y sí mucho de resueltas ante el peligro.

### El intelectual en la Iglesia

La Declaración de este año es más positiva y agradable y no menos importante. Se trata de «un cálido llamamiento a los intelectuales españoles para que sean fieles a su altísima misión de conductores espirituales de un pueblo de tan alta espiritualidad como

(2) Arbor 34 (56) 358.



el hispánico, que trasciende luego, de una manera especial, a veinte pueblos de comunidad de religión, de lengua y de civilización».

Podría haber quien —sin razón— sacase del anterior documento la falsa conclusión de que los seglares en la Iglesia no tienen más misión que la de callarse y escuchar; o, lo que viene a ser lo mismo, que el seglar, aun el intelectual y estudioso, tiene un perpetuo papel de catecúmeno en la casa de Dios. Nada más lejos de la verdad. PROYECCION, desde el guión-presentación de su primer número, ideal y proyecto de su trayectoria futura, salió contra la indentificación *excluyente* clérigo-teólogo. La Iglesia no pide ingnorancia —exige ciencia a quien hizo profesión de ella—; pide sólo sumisión, porque «todo intelectual católico debe reconocer el Magisterio de la Iglesia», confiado por Jesucristo al Sucesor de Pedro y a los Obispos, puestos por el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios (Act 20<sup>28</sup>). Seguro de que su investigación científica no ha de perder por ello altura ni amplitud de vuelo, ya que, como afirma solemnemente el Concilio Vaticano, «ninguna verdadera disensión puede jamás darse entre la fe y la razón, como quiera que el mismo Dios que revela los misterios e infunde la fe puso dentro del alma humana la luz de la razón, y Dios no puede negarse a sí mismo ni la verdad contradecir a la verdad» (3).

### Apostolado intelectual

Supuesta, pues, esta sumisión al Magisterio, común a todos los hijos de la Iglesia, se les exhorta a ser conscientes de la influencia apostólica que con su ciencia, *incluso teológica*, están llamados a ejercer.

(3) Ses. III. cap. 4.º Cfr. DENZINGER, E., *El Magisterio de la Iglesia*, Herder-Barcelona, 1955, n.º 1797.

«Estad en todas partes presentes en la vanguardia del combate de la inteligencia, a la hora en que ésta se esfuerza por encararse con los problemas del hombre y de la naturaleza en las nuevas dimensiones en que se planteen en el futuro. A nadie, sin duda, se le ocultan los escollos peculiares que hoy acechan al espíritu humano dada la amplitud de las cuestiones que se agitan; y, no obstante, los hijos de la Iglesia ¿podrían abandonar la investigación y la reflexión, cuando precisamente aplicaciones desordenadas de la ciencia y las ilusiones del relativismo filosófico conmueven, en espíritus frágiles e inquietos, los principios más fundamentales y los valores más esenciales?».

Pío XII al XXI Congreso Mundial de «Pax Romana» AAS 42 (1950) 635 s.

Viene esta exhortación precedida de un recuerdo del valor impulsor de la ideas sobre las masas y de una sincera exposición del aprecio en que siempre tuvo y tiene la Iglesia a la ciencia y a sus cultivadores. Bastaría sobradamente como confirmación, al margen del testimonio unánime de veinte siglos de historia, la misma persona del actual Pontífice, «atento siempre —dicen nuestros Metropolitanos— a todas las manifestaciones de la cultura humana, que se complace en dirigir su apostólica palabra y señalar directrices seguras a los cultivadores de todas las ciencias».

No es, pues, un papel pasivo el de los intelectuales en el terreno doctrinal religioso. Cada vez se concibe menos —sobre todo a partir de la doctrina de Pío XI sobre la participación de los fieles en apostolado jerárquico— una actitud meramente pasiva de posesión frutiva de la verdad.

«La verdad —ha dicho Pío XII— tiene que ser vivida, comunicada, aplicada en todos

los sectores de la vida. También la verdad, particularmente la cristiana, es un talento que Dios pone en las manos de sus siervos para que con su industria fructifique en obras del bien común» (4). Si a alguien ha

de exigirse esta irradiación de la verdad, este apostolado *fraternal* —el *paternal* y autoritativo corresponde a los Pastores de la Iglesia— es a aquellos que son, en frase ya citada de nuestros Metropolitanos, «los conductores espirituales de un pueblo de tan alta espiritualidad como el hispánico».

(4) Mensaje de Navidad de 1954. AAS 47 (1955) 27.

